Mahón 29 Diciembre 1905

EL PORVENIR DEL OBRERO

Antimilitarismo y Revolución

Un incidente periodístico me fuerza á hablar de mí mismo. Cuando mi corta estancia, recientemente, en París, tuvimos en la redacción de *Temps Nouveaux*, entre compañeros y amigos, una discusión muy animada sobre la propaganda antimilitarista.

Inútil es decir que yo considero la propaganda y la acción contra el militarismo y la guerra en general *de una necesidad absoluta*. Hay que realizar esta propaganda y esta acción internacionalmente, en cuanto sea posible, y dentro de cada nación por separado.

Pero yo hacía notar á mis amigos que predicando la huelga de soldados en tiempo «de guerra», sin más explicaciones, y diciendo que el trabajador, que no tiene patria, debe desinteresarse de la defensa de la Francia, se seguiría un falso camino y se propagaría una idea que no es justa.

No conviene que se comprenda nuestra propaganda de una falsa manera. Si la Francia es invadida por alguna potencia militar, el deber de los revolucionarios no es cruzarse de brazos y dejar carta blanca al invasor, sino *comenzar la revolución social y defender el territorio de la revolución, para continuarla*. La fórmula «huelga de soldados» no dice bastante. Tiene el defecto de no mencionar el objeto esencial de la propaganda, y da lugar á falsas interpretaciones. Nada dice sobre la revolución, ni sobre la necesidad en que se verán los revolucionarios de defender con las armas en la mano cada pulgada del territorio francés que se pondrá en revolución, contra las hordas burguesas é imperialistas de los invasores alemanes, ingleses, ó tal vez rusos. Esas hordas son mejores que los versalleses?

Esta necesidad hay que reconocerla desde luego. No hay que negar la eventualidad como se hacía la víspera de 1870. Hay que preparar á ella el espíritu del pueblo francés. A los que predicán el respeto al ejército debemos responderles: «Sólo el pueblo rebelado contra sus jefes y explotadores sabrá defender el suelo de la Francia. El ejército, aunque haga prodigios de valor, será aplastado por el número. La revolución, la guerra popular, la guerra del campesino que habrá reconquistado la tierra, es la sola arma que la Francia puede oponer á las burguesías coaligadas, dispuestas á lanzar sus rebaños obedientes—ved los recientes discursos de Bebel—contra la nación que hizo un 1793, un 1848, un 1871 y que prepara una nueva revolución, «la social».

**

El eco de esta conversación ha penetrado en la prensa parisien. *Le Temps* ha insertado un artículo de M. Mille, en que el autor da, por haber oído decir, algunos pasajes

truncados de nuestra conversación, y como deja lo que yo había dicho sobre la revolución, cambia evidentemente el sentido. Otros periódicos exageran en la misma dirección.

Por esto he enviado á *Le Temps* una carta en que expongo mis ideas sobre el militarismo. Como no se ha publicado todavía, me veo obligado á esperar hasta el próximo número para reproducirla.

PEDRO KROPOTKIN

(De *Les Temps Nouveaux*.)

1.º de Mayo de 1906.

Ocho horas de trabajo.

La explotación capitalista

Se dice que el esfuerzo humano se hallaría en el vacío sino fuera por el capital. Vano error, principio insostenible dentro de los términos de la lógica. ¿Podría la minoría que acapara las riquezas sostener con el esfuerzo personal de su trabajo á la mayoría desprovista del capital? Fuera de duda que no. ¿Podría, en cambio, esta mayoría trabajar y producir para sus necesidades sin el factor capital? Ciertamente que sí. Luego sin el trabajo del obrero, todo el oro, todas las piedras preciosas, todos los bienes muebles é inmuebles, quedarían reducidos á cero. El obrero podría trabajar la tierra, extraer minerales, edificar ciudades, producir toda clase de manufacturas prescindiendo en absoluto del dinero. Para demostrar que éste es un factor convencional, y esto no sería nada si ello no fuera la causa de todas las crisis, bastaría que el trabajador empleara su esfuerzo en producir para sus solas necesidades y las de su familia.

Se dirá que esto no es posible, porque el capitalista, el proletario, el hacendado y el fabricante no facilitarían su dinero, sus propiedades, sus haciendas y sus fábricas. Aquí está, lisa y llanamente, la usurpación, que se ampara en los derechos adquiridos, en la sucesión, en la herencia. Supongamos por un momento que la fuerza pública, dándose cuenta de que del pueblo es hija y de que en el pueblo se hallan sus hermanos, enfundase los fusiles y los sables y tendremos que los obreros proseguirán su labor sin usurpar ni un alfiler, practicando el santo y hermoso principio de vivir con el sudor del rostro y no á costa del sudor ajeno.

No es necesario, por tanto, esforzarse demasiado para evidenciar que si el capital es estéril sin el trabajo, en éste y sólo en éste radica el verdadero capital. ¡Ni la moneda existiría si no hubiera obreros que la fabricasen!

Es muy común el oír asegurar que nadie puede llegar á la condición de rico con el producto de su trabajo y de su honradez.

Esta aseveración puede confirmarse matemáticamente. El hombre dotado de mayor talento é inteligencia, de más iniciativas, de más constancia y aun de más portentosa laboriosidad, jamás llegaría á formarse un patrimonio, jamás, sin el concurso de sus semejantes, concurso que constituye la explotación que de los servicios ajenos hacen los ricos para su propio beneficio, podría formar un capital.

Si el negociante hubiera de lavar y plan-

char la ropa de su uso, condimentar su sustento, hacerse su traje y sus zapatos, limpiar su casa; hacer, en suma, todas las manipulaciones que otros hacen para él, no dispondría del tiempo necesario para intervenir en sus negocios ni formar parte de empresas productivas. Si este mismo negociante, no dispusiera de empleados, corredores, agentes, intermediarios, que hiciesen y facilitasen todas las operaciones inherentes á sus cálculos, éstos saldrían fallidos.

Objetarán los enemigos de estos «sanguinarios» argumentos, la remuneración que dispensan á los que les prestan su cooperación, objeción inaceptable si se tiene en cuenta que el negociante, el rico, retribuye con la menor parte el trabajo de los otros y guarda para sí la mayor, la parte del león. ¿Su solo trabajo alcanzaría nunca la suma del trabajo de los demás?

Todos los tratados de economía están contestes en las ventajas que reporta la subdivisión de cualquier labor, ¿por qué, entonces, ha de guardar para sí el máximo de beneficio quien contribuye con el mínimo del esfuerzo?

Añadiráse que debe ser mayor la recompensa del que asume la dirección suprema de un negocio, fruto de su inteligencia más privilegiada, y á esto contestaremos que la idea más feliz, la concepción más grande permanecería improductiva y hasta ignorada, si los obreros no la pusieran en ejecución con la parte grande de su trabajo material y la inteligencia que éste requiere. Aún se dirá más: se hablará de los gravámenes que en forma de impuestos, gabelas y contribuciones pesan sobre el rico, el fabricante y el hacendado, y admitiendo que sean desproporcionados ó excesivos, ¿cuánto más no lo serán para el obrero en la medida de sus alcances y de sus medios?

Exclamarán, en resumen, que las leyes de la demanda y de la oferta son libres y que nadie tiene obligación de trabajar por un precio ó condiciones no conformes á su voluntad, pero protestaremos contra esa mentida libertad que ciñe la facultad de pedir al capricho del que da, protestaremos, protestaremos contra los ofertores que por no ceder una pequeña parte de sus beneficios usurarios llegan á invocar la interdicción de la fuerza pública, protestaremos contra los ricos y negociantes que gimoteando eternamente que «los negocios van mal», ensanchan éstos, adquieren terrenos y propiedades y duplican de año en año su capital; protestaremos de esos viciosos planíferos á quienes molesta el ruido de una huelga porque turba un instante la continuación de sus placeres; protestaremos contra los que se duelen del aspecto sombrío que dan las huelgas á la ciudad, de muy alegre y jovial, olvidando que no lejos de los alcáceres de los ricos están los conventillos de los pobres; protestaremos de los «nuevos Faraones del país de las vacas y de la altivez criolla», que guardando las gordas para sí, apenas si dejan comer á las flacas; protestaremos contra los que en las kermeses, funciones teatrales y otras fiestas, so pretexto de filantropía, gastan en su goce las tres cuartas partes de lo que se recauda, dejando al pobre la limosna de lo restante; protestaremos contra los que atribuyen á las huelgas el número de chiquillos infelices que alargan sus manecitas implorando un óbolo, atraídos,

como las mariposas al fuego, por el destello de riqueza que despiden las facetas de los brillantes que adornan á las damas; protestaremos contra los que no aceptan lo que llaman imposiciones de las sociedades obreras de resistencia por querer ellos imponerse con autocracia y sin oposición, y protestaremos, en fin, contra los que holgando todo el año encuentran inusitada la huelga de un solo día.

ANTONIO BERGA

Neo-malthusianismo y anarquismo

Ponemos en parangón estos dos nombres porque son objeto de una misma persecución, con la diferencia de que el uno cuenta con mayor número de enemigos que el otro.

El anarquismo es encarnizadamente combatido por las variadas representaciones de la Religión, de la Autoridad y del Capital, y el Neomalthusianismo cuenta también con la persecución de esta abominable trinidad, y además (cosa estupenda, contradictoria) con el menosprecio, la saña y los ataques de los propios anarquistas, mejor dicho, de algunos anarquistas, porque hay que tener en cuenta que, á lo menos hasta el presente, los paladines de la doctrina neo-malthusiana pertenecen en su mayoría al libertarismo.

El solo hecho, asaz significativo, de que la propaganda neo-malthusiana sea el blanco de las iras de los burgueses, los autoritarios y los religiosos, debía ser motivo suficiente para convencer de su eficacia relativa á los compañeros que lo combaten con un tesón y unos bríos que quizás no tengan para enderrocarse las «mentiras convencionales» de que todavía estamos plagados; este hecho elocuente, repetimos, debía ser poderoso motivo para que nuestros compañeros sumándose á la modernizada doctrina revolucionaria, rompieran lanzas en favor de aquello que tanto desagradaba á los que sólo fían su prosperidad, su medro, en el desordenado procrear del proletariado, procurando por todos los medios que les otorga el poder asegurarse el abrevadero donde chupan y absorben la sangre humana que quieren se haga inagotable pretendiendo eclipsar toda nueva orientación, pretendiendo anular todo movimiento emancipatriz...

Los anarquistas, ó mejor, algunos anarquistas, pretenden que si disminuimos el número de los explotados, reducimos el número de los rebeldes. Funesta equivocación, porque el mejor ejército no es el más numeroso, sino el más fuerte, el más entusiasta, el más pasional, el que concebiendo un ideal cualquiera le presta todo el ímpetu de su corazón, como hemos tenido ocasión de observar en la próxima pasada guerra ruso-japonesa.

¿Acaso no ha sido siempre mayoría el número de los explotados? Sí. Y ¿dónde nos hallamos? Casi en el mismo punto en que se hallaban nuestros antepasados bajo la férula de otros regímenes sociales; puede decirse que siempre, continuamente, el dolor ha acompañado á una mayoría de hombres, sin que apesar de su número se sintieran fuertes, sin que se creyeran capaces de conquistar el bienestar para todos ellos.

Antiguamente, el hombre prehistórico debió ser la víctima, el esclavo de la Naturaleza que le engendrara.

Después, sucesivamente, tanto en la sabia y artística Grecia como en la bélica y culta Roma, ha continuado el individuo siendo esclavo de la nueva concepción Estado que se ha ido prolongando apoyada mutuamente por la Religión y el Capital hasta nuestros días, apesar de la protesta de todos los libertarios, de todos los rebeldes.

No se realizará lo que entendemos por Revolución Social con la práctica del neomalthusianismo, pero sí afirmamos fuertemen-

te que puede ser un activo y potente factor de ella.

La finalidad de los neo-malthusianos es exactamente la misma que la de los anarquistas; con la propaganda de la primera doctrina se afirma la segunda, y las dos tendencias hallarán racional aplicación constante y eterna al través de las edades en todas las organizaciones sociales, porque persiguen el bienestar y este es infinito.

Con la implantación del Anarquismo se conseguirá el goce de una vida amplia, intensa, conciente para el individuo de la sociedad futura, y dentro de esta misma conciencia de su sér hallará el ente social la necesidad de la doctrina neo-malthusiana, hallará en su conciencia de hombre libre la doctrina modernizada de Malthus, porque no queriendo ser esclavo de la materia, sujetará, de un modo relativo, á su voluntad, el fenómeno inherente á la procreación humana.

Aun con ser de igual tendencia las fórmulas sociales expuestas, se diferencian entre sí en que el Anarquismo para hallarse en vigor necesita de la Revolución Social, y el Neo-malthusianismo puede ser practicado dentro del régimen actual.

Procurando el proletariado asimilarse aquella rebeldía, aquella energía que pretende extender á sus vástagos para convertirles en soldados del ideal libertario, por medio de la procreación conciente y limitada, en vez de ser muchos y débiles, serán pocos y fuertes los adalides para la próxima lucha redentora que han de emprender en común anarquistas y neo-malthusianos...

LORENZO PAHISA

Trabajando sólo ocho horas, el obrero podrá dedicar más tiempo á su instrucción y comprenderá así mejor sus derechos.

Entrada de año...

En el juvenil retoño del despertar de un nuevo año, preciso es alegrarse ante la vivacidad de sus mañanas de idilio, suspirar complacidos en los éxtasis bondadosos que producen los días cortos de Enero, soñar amoríos en la vaguedad rosada de sus prolongados y confusos crepúsculos, tomar parte en los diálogos de incoherencia elocuente de cosas deseables como ansias de mejoramiento que nos invaden, visiones que se levantan, mujeres que nos embriagan de amor, frases que se perciben, miradas que nos atraen, brazos que se nos tienden y placeres que nos esperan risueños.

Verdaderamente resulta hermosísima una tarde en Enero, cuando el Sol, tras una niebla espesa, abre de par en par los amplios ventanajes del horizonte, porque se esparce apetecible la luz, se vislumbra con cariño un tiempo mejor y se cree en la bondad de la Naturaleza...

R. DE CASTILLA MORENO

Lo que puede una misa

CUENTO

I

Llegó el ángel portador de las órdenes celestiales y las ánimas benditas salieron á su encuentro.

El emisario divino desdobló lentamente un pliego y con voz gangosa de tiple monacal leyó:

«Excelentísimo Señor Don Agapito Malascuentas, libre por virtud de las seiscientas misas que sus herederos han hecho celebrar por él.»

—¡Libre! exclamó una de las ánimas oyentes, ¡y llegó ayer con la condena de tres mil seiscientos ochenta años, siete meses, once días, nueve horas, seis minutos y ocho segundos!

—Ahí veréis la virtud de las misas, contestó el ángel, y prosiguió la lectura:

—Fray Bartolo Tripagorda, libre por los sufragios que en su convento han celebrado por su alma.

—¡Digo! murmuraron los oyentes, ¡y no ha estado ni una semana en el Purgatorio, y eso que estuvo á punto de caer en el Infierno por lo que hizo en un convento de monjas...

Unos angelitos, que acompañaba al mensajero, gritaron:

—¡Silencio!

La lectura de las sentencias se prosiguió entre murmuraciones y frases del peor gusto.

Pero cuando todos se quedaron con tres palmas de boca abierta y sin saber qué decir, fué cuando el ángel leyó:

—Crispín Cerote, libre por virtud de una misa mandada decir por su hijo.

El alma del maestro Crispín no se hizo repetir la orden de libertad.

Al trote largo se encaminó al Cielo, cuyas puertas le franqueó San Pedro sin la menor dificultad.

El maestro Crispín penetró en la mansión de los bienaventurados y se colocó á sus anchas entre Santa Afra y Santa María Egipciaca que lo recibieron como las mujeres reciben á quien las galantea después que perdieron los encantos de la juventud, aunque el Tenorio se llame Cerote y apeste á su apellido.

—Pero, ¿qué mosca le habrá picado á mi Perico para gastarse treinta perras chicas en sacarme del Purgatorio? ¿Será que ya no venden vino en la tierra?

No era lo que pensaba el maestro Crispín.

Perico no había gastado en aquella ocasión más que su ingenio vivo y fecundo, aguzado precisamente por el deseo de echar un trago.

II

Perico Cerote, hijo de Maese Crispín, tenía la costumbre de tomar la mañana; pero un día amaneció sin dinero, y dando vueltas al magín recordó que tenía una moneda de dos pesetas falsa y recordó al mismo tiempo que conocía á un cura casi sordo y punto menos que ciego.

Envolvió su única moneda en la punta de un pañuelo y con el semblante compungido y los ojos húmedos por la saliva con que los untaba con frecuencia, se presentó ante el presbítero, diciendo con voz que procuraba hacer llorosa:

—Señor cura, hoy hace un año que pude tierra el pobrecito de mi padre y puede ser que esté en el Purgatorio esperando una memoria de su hijo.

—Seguramente, contestó el cura, y es muy criminal olvido tan largo.

—¡Y tanto! Como que hace lo que va de mes que sueño todas las noches que el alma de mi padre viene á pedirme que le digan una misa.

—Avisos del Cielo, afirmó el presbítero. El olvidar á los difuntos es un verdadero crimen.

—Eso es lo que yo digo, señor cura, y de aquí en adelante no ha de pasar un mes sin que vaya para allá aunque no sea más que una miserable misa.

—Sí, hombre, y verás como Dios te ayuda y todo te florece.

—Mire V. Sin almorzar nos quedamos en mi casa por mor de la misa pa el agüelo.

—Más mérito, hijo mío, más mérito.

Perico entregó sus dos pesetas gimoteando y pidió la vuelta al sacerdote, que se apresuró á sepultarlas en el talego que le servía de bolsillo.

Dió el cura las cinco perras gordas que sobraban y Perico se fué más contento que unas pascuas.

Aquella mañana hubo buñuelos y aguardiente.

Cuando llegaron al Cielo las quejas del engañado sacerdote, el Señor, que estaba malhumorado, dijo:

—¡Que otra vez tenga cuidado ese gazañero! Ya no se puede echar de aquí al tío Cerote, ni se debe hablar más del asunto. No conviene que se sepa que se puede entrar en el Cielo con moneda falsa.

J. AMBROSIO PÉREZ

Almería.

Todas las sociedades obreras deben secundar el acuerdo de los sindicatos franceses de establecer la jornada de ocho horas desde el 1.º de Mayo de 1906.

Revolución

Los políticos han desacreditado la palabra Revolución, porque hablan de ella, pero no quieren realizarla. Ni tampoco hace falta que la realicen, porque la revolución política, que tiene su razón de ser en Rusia, no está justificada en la Europa Occidental.

Una revolución, en el estado actual de la evolución humana, no puede realizarse sin grandes sacrificios, y no vale la pena ciertamente que los pueblos se sacrifiquen por modificar una Constitución escrita ó porque se llame Rey ó Presidente el jefe del Estado.

Pero si estas cosas de la política son indiferentes, ó poco menos, en cambio hay otras que afectan directamente al bienestar de los pueblos, á la seguridad de la vida. Por la vida, por el bienestar de todos, vale la pena de hacer una revolución.

Para cambiar un gobierno por otro está bien que se vote. El propósito no merece otros medios.

Pero si se quiere modificar radicalmente el régimen, si se quiere que los trabajadores tengan asegurado el bienestar que la sociedad actual les niega, entonces hay que recurrir á medios más prácticos, hay que hacer mayores sacrificios.

Es probable que llegará un tiempo en que las transformaciones sociales que requiera el progreso humano podrán realizarse pacíficamente, sin violencias, sin graves trastornos; pero todavía estamos lejos de ese tiempo. Por ahora todo buen deseo de los que necesitan las grandes reformas sociales se estrellaría, se estrella efectivamente, contra la feroz resistencia de los que se niegan á toda reforma racional porque se creen fuertes y no quieren abandonar el goce de sus privilegios injustos.

Habladles de transigencia á los dominadores de la sociedad actual, habladles de concesiones, y veréis lo que os contestan.

Ni siquiera podréis hablarles de piedad, porque cuando les habléis de la piedad verdadera, os contestarán con la piedad hipócrita que han aprendido en la práctica de las religiones.

No hay piedad en los ricos, no hay misericordia en los poderosos.

Las grandes miserias del pobre en la sociedad actual no están ocultas; al contrario, en todas partes se las encuentra: que salga un momento á la calle, que pasee por el campo, que asome sus miradas al taller, que reflexione como se han producido tantas co-

sas que son de su uso diario, y el rico hallará enseguida al pobre desnudo, al pobre hambriento, al pobre sin trabajo, al pobre rendido de fatiga, humillado, deshonrado, víctima de todas las calamidades físicas y morales.

¿Y qué hacen los ricos cuando ven estas cosas? Nada. Continúan entregándose á sus placeres y á sus negocios, malgastando el fruto del trabajo ajeno y aumentando la carga de los miserables para sacar de ella mayor ganancia. Este es todo el problema social por parte de los ricos. Este es el derecho que les conceden las leyes y la moral de que les dan ejemplo los sacerdotes.

No se puede esperar de los ricos ni que se apiaden de los pobres, ni que voluntariamente consientan en desposeerse de sus privilegios para contribuir al bienestar de todos.

Sin embargo este bienestar se ha de procurar. Son ya muchos los trabajadores que conocen sus derechos naturales y que no se resignan á la vida miserable á que se ven reducidos en la actual organización de la sociedad. Cada día serán más los que querrán, querrán verdaderamente, con conocimiento y con energía, que esta organización cambie.

He aquí planteado el conflicto: los oprimidos de hoy piden que la sociedad se reforme en el sentido de mayor libertad, igualdad y justicia; los otros se oponen tenazmente á estas reformas. ¿Es evitable la revolución?

La revolución es el choque entre estas dos tendencias diametralmente opuestas: la de los que reclaman el derecho á la vida y la de los que niegan á los desheredados este derecho. O los unos han de renunciar al ideal de vivir como deben vivir los hombres, ó los otros han de renunciar á sus privilegios y á sus explotaciones que hacen imposible el bienestar ajeno.

Los trabajadores no cederán. Al contrario, cada día reclamarán con más energía, porque cuanto más estudien, cuanto más reflexionen, mejor comprenderán sus derechos y la necesidad de hacerlos valer en beneficio propio y de sus compañeros y de sus hijos. El trabajador consciente é ilustrado es siempre un revolucionario.

Los otros tampoco cederán. Demostrado tienen que no piensan ceder ni á las voces de la razón ni al sentimiento de la piedad. Se muestran duros é inflexibles, despreciando desde las alturas de su orgullo al pueblo que trabaja y sufre. Así continuarán hasta que la ola popular, preñada de indignaciones, les arrolle.

Sin embargo, ¿sería tan hermoso que la razón y la justicia triunfaran sin violencias, sin odios, sin lágrimas y sin sangre! Pero no lo quieren, no lo quieren los fuertes de la sociedad actual, los que dominan, los que podrían aplacar el furor de la tempestad revolucionaria con una sola palabra de generosidad. Quieren continuar dominando, ser los amos de todo, oprimiendo y pisoteando á los de abajo, á los pobres, á los trabajadores.

Por causa de ellos la revolución será necesaria, por causa de ellos se cometerán violencias, por causa de ellos correrá la sangre

de las actuales víctimas, mezclada con la de los actuales verdugos.

Los trabajadores van conociendo su derecho á la vida y al bienestar; pero ese derecho no les será concedido, habrán de conquistarlo.

Esa es la revolución que se avecina. No se discutirán formas de gobierno ni constituciones políticas. Se luchará por el derecho al bienestar, por el derecho al pan.

Toda la fuerza de la tradición, todas las medidas de policía, todas las ferocidades represivas, no han impedido en Rusia que la revolución se preparase durante años. Y que estallase al fin. ¿Cómo podrá impedirse que suceda lo mismo en las otras naciones de Europa?

Preparémonos para los grandes acontecimientos que han de venir.

JUAN CUALQUIERA

En un camino

El pasajero.—¿Por qué estás hundido en el fango y por qué lloras?

El obrero.—¡Ay ya hace tres días que camino y no he comido nada. Estoy rendido.

El pasajero.—¿Dónde vas, pues?

El obrero.—Adelante, siempre adelante. Durante la cosecha he trabajado y he cantado... ¡Era tan bueno el pan duro! Ahora las gavillas están bajo techo, las labores han concluido, las grandes máquinas trillan el trigo y la cebada en las granjas que no quieren ya el trabajo del hombre; y mi amo me ha dicho: «¡Vete!» Entonces me he marchado... He llamado á todas las puertas, ninguna se ha abierto... No había trabajo para mí... ¡Ay! lo ves, la tierra está vacía... Pronto quedarán arrebatadas las hojas, la nieve blanqueará el suelo, la nieve, bella y cruel como la mujer, la nieve que mata á los pájaros y á los vagabundos... Y no tengo un manto para cubrirme, ni un hogar para calentarme, ni un pedazo de pan duro para apaciguar mi vientre... ¿Qué quieres que sea de mí? ¿Es preciso, pues, que muera? Mira, esta mañana he andado con un joven señor... Llevaba un gran saco sobre su hombro, y ese saco estaba lleno de oro. Encontrando que su fardo estaba demasiado pesado, me dijo: «Tienes los hombros sólidos y tu espalda está habituada á doblegarse bajo las cargas aplastantes; lleva este oro.» Tropezaba contra las piedras; he caído tres veces... Y el joven señor me golpeaba: «¡Marcha pues imbécil!» Se detuvo á orillas del arroyo, en ese paraje donde el agua es negra y sin fondo. «Tengo que divertirme, dijo. Mira, voy á arrojar este oro en el arroyo.»—¡Ay! le dije, puesto que queréis arrojar ese oro en el arroyo, espero que me daréis un poco. ¡Oh! muy poco, sólo para no tener hambre. «Me ha escupido al rostro, me ha echado á pedradas y luego, tomando el oro á puñados, lo ha arrojado en el arroyo, en ese paraje donde el agua es negra y sin fondo. Después se ha marchado riéndose. Sobre su paso, todos, ricos y pobres, se inclinaban muy bajo mientras que á mí me golpeaban y perseguían con sus garrotes y sus horquillas. Ved, todo mi cuerpo sangra...

El pasajero.—¿Qué vas á hacer?

El obrero.—Caminaré todavía; todavía llamaré á las puertas de los ricos.

El pasajero.—¿Si las puertas de los ricos se cierran para tí?

El obrero.—Pediré limosna á los pobres, en las grandes rutas.

El pasajero.—¿Si no te dan nada?

El obrero.—Me emboscaré en los recodos del camino y mataré.

El pasajero.—Dios te prohíbe matar.

El obrero.—La ley me ordena vivir.

El pasajero.—¡Dios te guarde!

OCTAVIO MIRBEAU

BARCELONA

El Tribunal del Jurado ha absuelto al compañero Rull, que había sido acusado como autor de la bomba que fué hallada en un urinario y explotó en el Palacio de Justicia en 4 de Septiembre de 1904, es decir, una de las primeras de la tanda de *complots* y explosiones con que nos ha favorecido la policía barcelonesa, ó alguien que de ella se sirve.

Rull ha sido absuelto como lo fué Pico-ret, como lo fueron Miranda y tantos otros en Barcelona y Malato y Vallina en París.

De tan gran número de falsas acusaciones nada queda, si no es la vergüenza de que haya sido posible tanta infamia, que ha tenido á trabajadores inocentes durante muchos meses privados de libertad y sujetos á las molestias de las cárceles. Han sido declarados inocentes; pero ¿quién les indemniza de los sufrimientos de que la falsa acusación ha sido causa?

La justicia que se usa puede cometer errores; pero no puede remediarlos.

**

Después de varios meses de encarcelamiento, ha sido puesto en libertad el compañero José Martín, detenido con motivo de la explosión de una bomba en la Rambla de las Flores, cuya causa ha sido sobreséida por falta de pruebas.

Que nosotros sepamos, no queda ya ningún compañero preso de todos los que fueron detenidos con motivo de la serie de *complots* y explosiones.

**

En los diarios locales vemos que se ha intentado herir al cardenal Casañas, obispo de Barcelona.

El agresor fué preso y murió envenenado en la cárcel á las pocas horas.

Antes de acoger noticias que pudieran resultar luego falsas, como ha sucedido tantas veces, preferimos esperar á conocer mejor el hecho y sus circunstancias.

El cuartel es una invención odiosa de los tiempos modernos. No se remonta más allá del siglo XVII. Antes no había sino cuerpos de guardia donde los soldados jugaban á las cartas y contaban los cuentos de Merlusina. Luis XIV es un precursor de la Convención y de Bonaparte. Pero el mal ha llegado á su plenitud desde la instalación del servicio para todos. El haber hecho una obligación á los hombres el matar, ha sido la vergüenza de los emperadores y de las repúblicas: el crimen de los crímenes.

En las edades que llamamos bárbaras, las ciudades y los príncipes confiaban su defensa á los mercenarios que hacían la guerra como gentes prudentes y avisadas, habiendo pocas veces más de cinco ó seis muertos en sus batallas. Y cuando los caballeros iban á la guerra, no iban forzados, sino que se lanzaban á la muerte por placer.

Sin duda no era bueno. Nadie en tiempos de San Luis hubiera ideado enviar á la guerra á un hombre de saber y entendimiento...

ANATOLIO FRANCE

Con la jornada de ocho horas se acelerará el día de la revolución emancipadora.

Vía Libre

Con este título acaba de publicarse un nuevo libro de Anselmo Lorenzo, en que se expone la actual situación de los trabajadores, como hecho y como derecho, y se analizan los diferentes remedios que los políticos, los cooperadores, y todos los reformistas en general presentan á los males intolerables nacidos de la organización presente.

Reducidas á su justo valor, que es negativo, esas desviaciones, los trabajadores sólo pueden realizar su derecho al patrimonio universal, que es el derecho á la vida y al bienestar, por medio de la revolución. Para llegar á ella hay que evitar las desviaciones y quitar los estorbos, hay que dejar *Vía Libre* al progreso humano.

El libro de Anselmo Lorenzo lleva un prólogo de J. Mir y Mir y un prefacio de Tarrida del Mármol.

En el número próximo publicaremos el prólogo de nuestro compañero J. Mir.

Puede adquirirse *Vía Libre* en nuestra administración, al precio de una peseta el ejemplar.

1.º de Mayo de 1906.

Ocho horas de trabajo.

ECOS Y COMENTARIOS

A la edad de sesenta años y después de una lucha continua contra la reacción, ha dejado de existir en Crevillente (Alicante) el notario de aquella población don Ignacio Pastor Quesada, dejando en la horfandad á sus seis hijos Viriato, Progreso, Demófilo, Igualdad, Libertad y Fraternidad.

El entierro, puramente civil, fué una verdadera manifestación de duelo al que asistieron comisiones numerosas de anticlericales de Alicante, Novelda, Aspe, Orihuela, Callosa de Segura y Elche.

Durante su vida luchó siempre contra el despotismo, la reacción, la injusticia y contra todo lo que significaba opresión y tiranía. Su afán consistía en instruir, á cuyo fin ha podido ver creada en los últimos días de su vida una escuela laica en su pueblo natal á la que asisten unos cuarenta alumnos, estando al frente de ella nuestro colaborador José Sanjuán.

Como vivió ha muerto, separado completamente de las religiones positivas á las que ha combatido siempre.

**

En carta que nos escribe desde Montevideo nuestro querido compañero Antonio Vidal, nos comunica que se ha unido libremente con la compañera Sara Curro.

El día 16 del actual se unieron también en La Línea los compañeros José Gutierrez Olivares y María del Valle y Valle. Con éste son ya tres las uniones libres realizadas en la población andaluza.

Cunda el ejemplo.

**

Copiamos de *El Productor*:

«VERDAD»

Sin bombos previos, sin anunciar, con él, la liberación del proletariado, los anarquistas, la media docena de anarquistas leridanos, iniciamos la publicación de un periódico:

Verdad. Muy pequeñito pero muy claro y muy sincero. Nada más. ¿No estamos preconizando á todas horas la propaganda por los pequeños pueblos, por las pequeñas unidades? Pues la propaganda esa, nosotros la iniciamos. Hagan ahora con sus actividades y sus bolsillos lo que tanto anunciaron con sus plumas y sus lenguas. Quien quiera y pueda, ausílienos. Me parece que no pide mucho esta media docena de anarquistas de una vieja ciudad.

Por la redacción: *Helenio*.

Dirección: Lista de Correos. Lérida.»

PAPEL IMPRESO

El número 11 de *Buena Semilla*, correspondiente al día 15 del actual, contiene el siguiente sumario:

Lenguaje de los economistas, por A. López Rodrigo.—*Esbozo de una moral sin obligación ni sanción*, por M. Guyau.—*Deber y Amor* (drama en tres actos y en prosa), por Guillermo Fernández.—*Cuentos de invierno*, por Fermín Nargull Zoade.—*Rápida*, por R. de Castilla Moreno.—*El Trust de los bosques*, por Jaime Vidal.

Administración: Mariana de Pineda, 5, entresuelo, 2.ª—Barcelona-Gracia.

FOLLETOS DE PROPAGANDA

que pueden adquirirse en esta Administración

Cts.

«El Estado», por Pedro Kropotkine	25
«Entre Campesinos», por Enrique Malatesta	15
«Ser ó no ser», por José Prat	10
«Patriotismo y Cosmopolitismo», por Ph. Jámin	10
«Los Crímenes de Dios», por J. Prat	15
«Orígenes de la Religión y de la Moral», por Elíseo Reclus	15
«Aclaraciones», por J. Sanjurjo	10
Trabajador no votes, Soldado no mates», por E. Girault	15
«Generación Libre», por Leopoldo Bonafulla	10
«La preparación del porvenir», por Juan Grave	10
«Víctimas y preocupaciones», por Pascual Peura	15
«Canciones libertarias»	10
«A las mujeres», por José Prat	15
«A los trabajadores»	5
«Criterio libertario», por Leopoldo Bonafulla	5
«Hacia el porvenir», por Leopoldo Bonafulla	5
«El ideal y la juventud», por Elíseo Reclus	5
«Rebeldías cantadas», por José M.ª Blázquez	25

El Porvenir del Obrero

CONDICIONES

Suscripción: Trimestre 1 pta.
Paquete de 25 jemps. 75 cént.
Número suelto 5 »

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Castillo, 170. Mahón (Baleares).

CORRESPONDENCIA

Monovar.—J. G. Recibidos sellos. El escrito lo recibimos.
Godolleta.—V. L. Recibido 9'75 pesetas. Conforme con lo que dices. Queda pagado hasta el número 236. *Justo Vives* no se ha publicado todavía.
Coruña.—F. R. Recibido 3 pesetas por conducto de *Tierra y Libertad*.
Vilasar de Dalt.—J. C. Id. 2 id. por id. id.
Cabañal.—J. M. Id. 1 id. por id. id.
Madrid.—*Tierra y Libertad*. Tenemos dos pesetas de M. P., de San Luis, por un semestre de suscripción.

Imp. de «El Porvenir del Obrero», Castillo, 170.